



ARCHIVO ABC

LLAMADME OLIVER...

AUTÓMATA

ADOLFO GARCÍA ORTEGA
BRUGUERA. BARCELONA, 2006
478 PÁGINAS, 17 EUROS

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Adolfo García Ortega ha escrito una novela formidable, de esas que lees apasionadamente, en la que ha sabido cuajar una amalgama de historias entrelazadas, todas convergentes en un espacio como el estrecho de Magallanes, la Isla de la Desolación, los postreros lugares del poniente austral, donde han venido a naufragar tantos en diferentes siglos. Historias inventadas, como la del narrador primero, Oliver Griffin, o la de sus abuelos, que le lleva a la de Graciela Pavic, mezcladas con historias de personajes realmente existentes como la del navegante Sarmiento de Gamboa, dotado de ese furor irreplicable de los fundadores de ciudades, o la del pirata Francis Drake, o por último el cons-

structor de ingenios llamado Melvicio, en la Praga del siglo XVII. Se suman a éstas muchas otras de marinos, de vidas truncadas, de guerras ganadas (¿hay alguna que pueda adjetivarse así?) y tantas otras pérdidas (desde las de los conquistadores españoles y portugueses del XVI hasta las Malvinas, con una referencia a la última de Yugoslavia), con tragedias inventadas (así, la pérdida de marido e hijos de Graciela Pavic) y con otras tan reales como los vuelos en aviones-patibulos que los seguidores de Pinochet realizaron en tan recóndito lugar.

UNA SUERTE DE MAGIA. Podría seguir enumerando y no terminaría porque son realmente muchas las historias que la novela aglutina, pero más que su número, me interesa destacar la sabia composición que las ahorra. García Ortega no ha dejado que fuera el azar el que gobernara su novela, sino una suerte de magia narrativa, vehiculada sobre dos motivos de cohesión, soberbiamente ideados.

El primer motivo es la figura de un autómata, un homínido fabricado de artilugios móviles, enterrado en la Isla de la Desolación, en el siglo XVII, por Sarmiento de Gamboa, desenterrado luego en la época de los abuelos de Oliver y perseguido por último por el narrador primero, Oliver Griffin. El segundo motivo de cohesión, que va hilvanando las historias, es precisamente la figura de Oliver Griffin, que en distintos escenarios de Funchal, capital de Madeira, va contando al narrador segundo (que figura como autor implícito del relato) todas las historias. Tenemos en este Oliver al verdadero artífice de la narración, que por su carácter, pero también por cuanto descubrimos al final, tiene mucho del narrador primigenio, ése que lamentaba Walter Benjamin que se hubiera perdido para nuestra civilización: el contador de historias, detentador de una sabiduría ancestral, que las va acumulando, trayendo, llevando, con mayor o menor causalidad, pero siempre de forma eficaz, para tener prendido, con la boca abierta, al autor del relato (el innominado narrador que luego lo vierte) y al lector mismo que va siguiendo sus meandros, tengan o no oportunidad. Es la novela la que se la confiere.

Una hermosa tela de varios lazos entrelazada pedía para la novela el canónigo de Toledo, donde pudiéramos ver alegrías, tristeza, amores, desamores, encuentros, pérdidas, guerras, tormentas, naufragios, vi-

das truncadas, traiciones y lealtades. Todos esos lazos ha entrelazado García Ortega en una novela que, si resulta algo, es eso, novelesca, pero recuperando para tal adjetivo su mejor sentido, el que tendría para Cervantes cuando imaginó el *Persiles* (y en el que seguramente pensaba cuando hizo hablar así a su canónigo en el *Quijote*): la vida es el viaje, en el viaje tenemos las pérdidas y única ganancia, como si esta novela fuese a recuperar el tronco primigenio de un Ulises recobrado.

Estamos entre el viaje de Odiseo, almendra de la épica novelesca, y el *Moby Dick* de Melville, la gran versión posterior, pasando por el intermedio del *Persiles*. Tales serían los pivotes que dan forma y sentido a esta aventura literaria de García Ortega. Que haya querido que fuera decididamente literaria, novelesca hasta el extremo, resulta una suerte. La narración está penetrada de literatura por todos sus poros, el albatros lleva a Baudelaire, otro personaje cuya navegación frustrada se narra, de la misma forma que están Flaubert o Kafka, Melville, Conrad, Verne y Alejandro Dumas.

TAMIZ LITERARIO. Hay que ser buen lector para comprender el tamiz literario que preside esta novela, no sólo por las citas directas o por las situaciones implícitamente buscadas como referencia indirecta (los naufragios, las tormentas, los amores de los puertos, el capitán del navío condenado a soledad -formidable el capítulo 29 que lo rescata en distintas formas-), sino porque esta novela ha querido ir al corazón mismo de la literatura, para prender de nuevo la llama casi extinguida de los héroes, antiguos y contemporáneos, todos atrapados por el viaje, la navegación, por un destino y un azar. Esa almenara germinal del viaje como motivo mítico que da forma al héroe (pero que da sentido también al artificio narrativo, como García Ortega acierta a sugerir en la página del cierre) es la que proporciona a esta novela su poderosa armazón. Sería absurdo perderse en ramas, cuando García Ortega ha ido al tronco donde surge la literatura épica, y luego su derivado narrativo.

Que eso ocurra es importante en la literatura de hoy, tan falta de contadores de historias memorables. Y de lugares que da gana visitar, porque esta novela los va llenando de contornos vitales: Funchal, conocido y reconocible, pero sobre todo ese lugar remoto de Punta Arenas, antes la ciudad del Nombre de Jesús, y sus promontorios que desafían tormentas y ventiscas. De la misma forma el barco *Minerva Janela*, y sus marineros, con las formidables historias urdidas en el curso de su navegación y que van invitando al lector a entender las vidas contadas como eso, como vidas, que ha tenido la oportunidad de que alguien, «llamadme Ismael», podría decirse, u Oliver, como dice, fuera testigo de ellas, y nos las trajera, con ese aire de necesidad que tiene la buena literatura. ■



HISTORIA DE HISTORIAS
EN TORNO A UN AUTÓMATA ENTERRADO EN LA ISLA DE LA DESOLACIÓN. ARRIBA, EL MUÑECO DEL DOCTOR NIXON, CÉLEBRE EN LA NORTEAMÉRICA DE LOS AÑOS 20

TRES REFORMADORES Lutero, Descartes, Rousseau

Jacques Maritain

Hoy no se puede tomar el propio impulso más que yendo muy hacia atrás en el tiempo, pero no vamos hacia atrás sino para saltar mejor.



www.ediciones-encuentro.es

ENCUENTRO
buenos libros